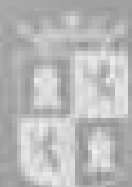




ienal

CIDAD DE ZAMORA
ESCULTURA IBERICA CONTEMPORANEA

Septiembre-Octubre, 1986



JUNTA DE CASTILLA Y LEON

AYUNTAMIENTO DE ZAMORA



DIPUTACION DE ZAMORA



Una gran Bienal de Escultura aquí en Zamora para el Otoño. Es una idea: artistas de la Iberia, de la Celtiberia y la Lusitania, aportando aquí sus creaciones en mármol y granito, sus tallas y sus forjas, y esos tinglados de cables y de chapa y hasta de materias plásticas, si se terciá (la Cultura lo ennoblece todo) que ahora también (¿por qué no?) se llaman escultura.

¿Podrá ser eso verdad?: ¿puede la escultura recibir la promoción y patrocinio de Ministerios, Consejerías, Diputaciones, Ayuntamientos, Bancos y Cajas de Ahorro (porque, si no, a ver: si no, no se hace nada) y seguir siendo todavía arte, todavía ante todo piedra, madera, hierro, arcilla palpable, espesa, y no haberse convertido en mera materia ideal para hacer cultura, para hacernos cultos, como está mandado?. Dios lo sabe.

Y el caso es que aquí en Zamora había en tiempos una tradición (era Zamora una ciudad entonces: ahora ya no hay ciudades, sino conglomerados de bloques de viviendas, unos metropolitanos y otros sucursales: el Progreso), una tradición había de hacer cosas de arte, imágenes de bulto, pinturas en tabla o tela, y los que no teníamos tales gracias en las manos, versos por lo menos: tantos muchachos había, para ciudad tan chica, rondando las artes o metiéndose hasta el codo en ellas, que parecía Zamora por momentos una republiquilla renacentista o principado de la Ilustración, desmedrado y pobre ciertamente, y con los viles lodos de los Barrios Bajos y el postín barato de los Altos, pero floreciente con todo en arte y en artistas oriundos de los barrios altos y también de los bajos y de los pueblos circundantes. Y de aquellos muchachos habrán salido la media docena o más de escultores de empuje y nombradía (por no contar ahora a los demás artistas) que han logrado vivir de la obra de sus manos, y que son los que ahora invitan a sus colegas de las Españas y Portugales a venir aquí a mostrar sus obras al lado de las suyas.

Cierto que ahora ya no hay tradiciones: nos han dado, a cambio, eso, la Cultura. Y me temo que todo sea ya cultura, esto es, Historia desde el momento mismo en que se hace. Y así también la escultura misma, fija y fría, no ya por ser en dura piedra, sino por yacer en el libro escrito de la Historia, donde todo lo que se haga estaba ya hecho de antemano, en el Futuro.

Menos mal que al pie de Zamora sigue todavía corriendo el Duero, que sigue viniendo desde allá donde «tras el Duero, la loma de Santa Ana se amorata en la tarde silenciosa», como decía el otro, y pasando por... por ejemplo, por aquí:

¡Tú por Aranda de Duero!
Quien me lo iba a decir
que andabas tú por aquí,
Duero padre, padre Duero:

que bajo el puente de hierro
pasar, al pasar, te he visto,
de rojo barro rojizo;
pero, por el nombre al menos,

debes ser aquél que un tiempo,
de verde estío verduzco,
rozabas lento los juncos
donde se esconden los besos,

en un verano secreto,
cuando de dulces los higos
de amor a mis amarillos
dientes se les entreabrieron.

¡Agua, padre, de recuerdos!
Pero, para que no sepa
cuál es izquierda o derecha,
agüita de olvido bueno

dame, que olvide, maestro,
lo que es poniente o levante
y si tú para adelante
o para atrás vas corriendo.

¡Atrás! De Aranda de Duero
sigue adelante a Zamora,
donde se ahoga mi novia
en los cabozos del tiempo.

y que sigue también desembocando allí:

Aquí te veo
a mis pies, entre esta tolva
de casas y vertederos
de Oporto trafagoso,
dulcemente muriendo,
río verde, Duero Douro,
a diez minutos del Océano;
y me traes en tus ondas,
desengañado viejo,
mi niñez, aguas abajo
morena y blanca
nadando en cueros.

Por esta escalinata oliente
a meados barriobajeros
bajo a ras de tí, y me agacho
sobre las sábanas arrugadas
de tu lecho,
y levanto en las palmas
dos veces al cielo
tus lasas linfas canosas
de tantas tierras y tiempo.

Porque eres el mismo
—te lo juro por mis muertos—
porque eres el mismo
que, bañándome un día
entre los chopos y espadañas
de tus cabellos,
sentiste reventar
la flor entre mis piernas
del amor primero,
y el cadáver de mi niño
lo acogiste en tu seno,
y lo llevaste río abajo
por las islas y las azudas
y los saltos y los pueblos.

Con tus aguas otras
y las mismas, Douro Duero,
mojo ahora mi barba
(¡Salud, maestro!),
y en esas cuevas y callejas
de Oporto, y en tu ría
enarcada de hierros,
por el relumbre de un instante
la veo
a Zamora, a tu Zamora,
Douro arriba, arriba Duero,
aquélla que nunca más
la verán mis ojos
ni los ojos de mis nietos,
que se la ha llevado el río
que dicen el verdadero.

Verde en verano, pero rojo en invierno el Duero de tanto arrastrar arcillas. No muy buena la arcilla para la labranza, pero buena para sacar barro del río y amasar con él hombres de barro. Pues el arte de la escultura era tal vez para fijar y detener el tiempo, pero sólo para así hacer sentir mejor su flujo arrebatado, como la azuda que corta el río lo hace roncar más fuerte. Ojalá, amigos escultores, el río allá al otoño se lleve vuestras creaciones de la Bienal y todas las artes de piedras y metales, para que por lo menos así vivan. ●

Agustín García Calvo